

«Nadie, jamás, huye o huirá de Amor,
mientras haya Belleza, y ojos que la vean».
(LONGO. *Dafnis y Cloe*).

En aquellos tiempos, allá por el siglo IV de nuestra era, un platónico rezagado, superviviente de la marea cristiana –ascendente, desaforada, imperialmente acometedora– escribió esa sentencia de apariencia absolutamente afirmativa; en realidad, sujeta a una doble condición. «Nadie, jamás» –dos universales, sin excepciones ni personales ni temporales. «Mientras haya Belleza», «mientras haya ojos» –dos condicionales, dos «sies» que, al neoplatónico Longo, creyente en las esencias eternas e inmutables de Amor y Belleza, debieron parecerle se cumplirían eterna e inmutablemente, dejando así de ser condicionales y condicionadas, transformadas en absolutas.

Platón hubiera dicho, y dijo: Amor es amor de Belleza, y se la ve con ojos amorosamente extáticos. Ojos en éxtasis; en salida de sí, de su corporal, fisiológica, encarnación.

Otro platónico –superviviente de otras mareas, y de las últimas: la positivista, fenomenológica y existencialista–, Antonio Machado, escribió, y cantó:

Si un grano del pensar arder pudiera
no en el amante, en el amor, sería
la más honda verdad lo que se viera.

Modulemos este terceto, sea de tono mayor a menor, o de menor a mayor, para que suene en la misma tonalidad que la sentencia de Longo:

Si ojos, granos de ver, arder pudieran
no en el amante, en el Amor, sería
la Belleza misma lo que ellos vieran.

A la historia se la ha alabado, entre otras cosas, por ser «maestra» de la vida.

Alabémosla. ¿acusémosla aquí?, de ser la gran desatadora de nudos tenidos por indesatables, y solamente desfactibles por corte.

Nudo formaban en tiempos de los griegos griegos «Amor-Belleza-ojos». Así pensaban Platón, platónicos y neoplatónicos.

Cuando el pensar arde en amor de Dios, es Dios lo que se ve; es Dios lo que se piensa. Es la visión beatífica, eterna, La Felicidad, de la que nadie ni huye ni huirá, jamás.

Nudo medieval: Pensamiento-Amor-Dios-Felicidad,

Amor-Belleza-ojos. Tal nudo lo deshace, o deshizo, el Dios cristiano. Y uno de sus hilos o maromas de tal nudo: la Belleza, quedó suelto; y los ojos se hallaron sin qué mirar extáticos y sin qué amar. No huyeron de Amor; no lo veían «bello de ver», «bello de amar»,

La fealdad literaria, escultural, pictórica, arquitectónica, moral, religiosa, social, política... se instalaron en el universo, por siglos. Hasta el Renacimiento.

Pensamiento extasiado en Dios. Bienaventuranza, a ratos sueltos, en hombres sueltos: en místicos. Gracia que, a ratos sueltos, a hombres sueltos, hacia Dios. Se dejaba graciosamente ver; amarle era don de Él. Gracia innmerecible. La gracia de las gracias. Felicidad innmerecida.

Los ojos del cuerpo quedaron sueltos –desligados en la mayoría de los hombres– de Amor y de Belleza. Mas, a la vez, amores bellos de ver, bellezas dignas de amor y bellezas buenas de amar quedaron sueltas de esos centros, o astros centrales: Soles que son Belleza, Amor, Dios, Felicidad.

Con el correr de no muchos miles de millones de años, que tal vez no lleguen a trillones, todos los planetas de nuestro sistema caerán, o habrán caído, en su centro: el Sol. «Por de pronto»: –y largo nos lo fia la ley de gravitación– giran al derredor de él, sin conciencia de su final destino –¿dicha, desdicha? Desdicha para todos, Sol inclusive, pues se habrá apagado o reducido a «agujero negro», a «sumidero tenebroso» el Sol, «el omnividente ojo del Cielo»: mirados insistentemente diariamente –por el cual se sentían Sófocles, y lo sentían los griegos. Di-

chosos de sentirse mirados por un Dios «todo ojos», Todo un Ojo, manantial de Luz y de Calor que, si lo fuera de sola luz, tal ojo: que todo lo ve resultara curioso indiscreto de los amores humanos, cuando por ser, a la una, manantial de calor los eleva a pasiones: a acaloramiento físico y psíquico.

Los griegos griegos descubrieron lo que es Amor; lo que es amar, mediante la Belleza. Y a ésta la descubrieron mediante ojos extáticos, evadidos a ratos de su animal función.

Otros pueblos, alejémoslos en «in-nominados», descubrieron lo que es «amar», mediante la vergüenza con ojos, no extáticos ni siquiera videntes belleza, sino «desnudez anatómica» –no católicos ante ésta, sino avergonzados de ella,

Y la vergüenza, degenerada en pudibundez, impregnará corrosivamente las relaciones íntimas entre Amor, Belleza y éxtasis.

¡Ojos que a la luz se abrieron
un día para, después
ciegos tornar a la tierra,
hartos de mirar sin ver!

«Ojos» griegos, griegos, que a la luz de Belleza se abrieron «un día»; que un día fue quinientos años «para, después» –un después de mil ochocientos de ciegos– «tornar a la tierra», a Florencia, «hartos» ya «de mirar», avergonzados de mirarse desnudos sin verse bellos, y hartos de amarse por obligación religiosa y moral, en vez de amarse en éxtasis visual, fusión de ojos-Belleza y Amor.

Del hombre se dice y repite por miles de años que es animal racional. Y se le atribuye al griego Aristóteles, ya no griego griego, tal definición que carga con la maldición de ser la esencia del hombre definitivamente animal y definitivamente racional.

Al cabo de unos dos mil años, Whitehead, gran lógico, grande en lógica matemática y grande en humanidad, aflojará lo de «definitivo»; y dirá: el hombre es intermitentemente racional e intermitentemente animal.

Aflojemos un poco más la clásica definición. Del Agua dice la química actual que es un compuesto de oxígeno e hidrógeno, según la fórmula H₂O. Una definición, una esencia; mas tres maneras de serla. Agua real puede serse en tres estados: sólida, líquida, vaporosa, hielo, río, nube.

El hombre puede ser animal racional en dos estados. En estado de «animalmente racional» y en el de «racionalmente animal».

Animalmente racional: animalmente religioso, animalmente político, animalmente social... Inquisidor, Tirano, Racista... fanático, sectario, gregario...

Racionalmente animal: racionalmente religioso, racionalmente político, racionalmente social... Fiel, demócrata, ciudadano...

Animalmente varón: macho.

Animalmente mujer: hembra.

Racionalmente varón: padre.

Racionalmente mujer: madre.'

Animalmente esposos: ayuntamiento.

Racionalmente esposos: matrimonio

Animalmente bella: guapa.

Racionalmente bella: hermosa

Todo lo humano se puede tener, o hallar, en esos dos estados: animalmente, racionalmente. El adverbio da el tono.

Se ha aflojado ya dos veces, en dos grados, la definición: «Hombre es animal racional». Mas no nos hemos libertado, soltado, de ella,

«Nadie, jamás, huye o huirá» de tal definición, de tal esencia, de tal naturaleza, mientras el género de Hombre sea el de «animal» y sus órganos de producción y de reproducción sean «los que son», nefandos, in-nominables.

«Nefandum jubes, Regina, removare dolorem».

¿No nos remueva ese dolor de no poder huir del «animal» que por género y por generación somos, el repetir y recordar la frase de Longo?: «Nadie, jamás, huye o huirá de amor mientras haya Belleza y ojos que la vean».

¿Qué Reina –Dido, o no– nos manda –a Virgilio o a nosotros– remover, cruelmente, tal dolor, recordándolo?

Nosotros enturbiamos
la fuente de la vida, el sol, primero,
con nuestros ojos tristes,
con nuestro amargo rezo,
con nuestra mano ociosa,
con nuestro pensamiento.
Se engendra en el pecado;
se vive en el dolor. ¡Dios está lejos!

¿A quiénes encausar sino a nosotros? –nos advierte Ma-

chado. Y nos indica, detallada, pormenorizadamente, las causas «nuestras». Ninguna de ellas es el «animal»: el género, la generación y sus nefandos y pudendos órganos.

«La Flor –decía Mallarmé– es la ausente de todo ramillete.» Que todo ramillete se compone de flores: de un plural deliciosa y visualmente variado. En caso de estar presente y hacer acto de presencia tal singular, el monopolio ejercido por Flor haría imposible el plural de flores. De haber aun rosas, claveles, orquídeas... resultarían degradadas a ser imitaciones, semejanzas, similares... siluetas de Flor, cual lo era todo lo real respecto de las Ideas, según Platón. Los hombres, parangonados en el Hombre, con el Antropos, quedábamos reducidos y depuestos a antrop-oides; el agua terrenal, respecto del Agua, a acuoides, a aguachinada...

Todo monopolio produce, si es real y para ser real, tales efectos: deposiciones, degradaciones y desapariciones.

Comenzando y terminando por ese monopolio que se llama monoteísmo. El Dios, Dios, nos depone, degrada, rebaja a imágenes, semejanzas, huellas, vestigios, suyos: a creaturas, mantenidas en ser y realidad por «gracia». No tenemos ser propio; ser reales es préstamo divino, reclamable por Él cuando y como le dé su divina gana. O sus secretos, que, para el efecto sobre nosotros, es el mismo.

«Amor, Belleza», contra Platón, platónicos y neoplatónicos no es cual la Flor. Están ausentes y hay que hacer se ausenten, de nuestros amores, de nuestras bellezas, para que sean éstas y aquéllos de por sí, de suyo, reales amores y reales bellezas. Amores y bellezas que no las posean hombres y mujeres «de prestado», préstamo reclamable por abstractos o por realidades monopolizadoras –por Venus, por Diana... por Apolo... por Dios.

Que tales monopolizadores «¡estén lejos!».

Si no están lejos, querer, pretender, empeñarse en ser bello, amante, amantes bellos y bellos amantes, es «pecado», y lo que se engendre de o engendren tales amantes bellos

se engendra en el pecado.

se vive en el dolor...

Pecado de robo sacrilego, de apropiación indebida del original por una copia; de la unicidad, por un plural; de la Divinidad, por diosecillos y por-dios-eros.

Con tales pensamientos –platónicos, neoplatónicos... o

teológicos- «nosotros enturbiamos la fuente de la vida»: los amores, primero.

Que a los amores los enturbia Amor;
a las bellezas, la Belleza;
a los por-dios-eros, Dios.

Enturbiados, nuestros amores, nuestras bellezas, nuestras realidades por tales y tan descomunales y monopolizadores, ¿no lean de estar tristes nuestros ojos, ser amargos nuestros rezos, volverse ociosas nuestras manos y ciegos nuestros pensamientos?

Hay por dichosa ventura -y por descalificación del Abstracto, y monopolio de Flor- ramilletes de flores.

A partir del Renacimiento -y definiéndolo de manera no manida y manoseada- el que haya ramilletes, de amores, de bellezas, ramilletes de amantes bellos de ver, ramilletes de reales amantes y de reales bellos, depende de «nosotros». Romeo y Julieta.

«Nadie, jamás huye o huirá de Amor» mientras haya bellezas, en plural y reales; y haya ojos, en plural y reales que realmente las vean.